

Quien se fue a Sevilla perdió su silla

Hacer a pluma y a pelo

A palo seco

Pagar el pato

Averigüelo Vargas

Con azúcar está peor

Llevar el puto al agua

De hito en hito

Culo de mal asiento

Hacérsele a uno la boca agua

Lo mismo digo

Tocarle a uno la china

Tener guardadas las espaldas

Tener muchas infurias

¡Vete a la porra!...

Ser un «ase»

Hasta que San Juan baje el dedo

El *porqué* de los **DICHOS**

SENTIDO, ORIGEN Y ANÉCDOTAS
DE *DICHOS*, *MODISMOS* Y *FRASES*
PROVERBIALES

JOSÉ MARÍA IRIBARREN



«Culo de mal asiento», «Quien se va a Sevilla pierde su silla», «Tener guardadas las espaldas», «A palo seco», «Vete a la porra»? Cabe preguntarse no sólo qué significan, sino de dónde provienen y cuál es el uso correcto que debemos darle.

Este libro nos permitirá repasar nuestro acervo cultural mientras disfrutamos de las anécdotas históricas a las que cada uno nos remite.

Nota del editor

Gran parte de nuestro conocimiento de la literatura antigua depende del interés que el folclore y la sabiduría popular suscitaron en los eruditos decimonónicos. Ramón Menéndez Pidal fue nuestro más destacado representante de una corriente que recorrió pueblos y aldeas en busca de cantares, poemas, refranes, variantes... Gracias a su trabajo y el de sus discípulos localizamos las primeras muestras de lengua escrita, reconstruimos el nacimiento de la lírica, la épica o el romancero, y, en definitiva, conocimos mejor nuestra cultura tradicional.

Con el empuje e interés típicos de esa escuela anterior, el abogado José María Iribarren (Tudela, 1906-1971) dedicó toda su vida a compaginar la labor profesional con la tarea de recopilar modismos, refranes y todo tipo de expresiones populares que llamaban su atención. La iniciativa del autor no se detenía en anotar la frase hecha: no bastaba con saber que *A buena hora mangas verdes* era una expresión muy extendida, porque ¿qué significaba? Y sobre todo, ¿de dónde provenía? Iribarren se situó en este punto en el nivel de cualquier hablante curioso e intentó colmar sus dudas: ¿por qué decimos que alguien es *culo de mal asiento*? Su respuesta es clara: «La expresión alude, no al trasero del hombre, sino al culo de las vasijas, que cuando no es plano, hace que aquellas bailen».

Para construir estas aclaraciones nuestro autor manejó toda la bibliografía publicada (diccionarios, refraneros, artículos...), con la que, por cierto, mantuvo una postura crítica: «Sbarbi, en su *Gran diccionario de refranes* [supone que

Más vale casarse que abrasarse significa que] antes que sufrir es preferible tomar una resolución [...] Me extraña que el gran paremiólogo y folclorista gaditano, que era sacerdote, no explique el origen de esta expresión, que está en la Epístola de San Pablo a los Corintios (7, 9), donde el apóstol, después de recomendar a los cristianos que se casen para evitar la fornicación, añade, dirigiéndose a las personas solteras y viudas: "Mas si no tienen don de continencia, cásense. Pues más vale casarse que abrasarse" (en el infierno, por el pecado de lujuria)». Por esta vía, las expresiones se van aunando, fijando y explicando. Normalmente se definen e inmediatamente se amplían para dar cuenta de su origen, aun cuando este no esté claro: «suponen muchos que [*Mantenerse en sus trece*] tiene su origen en la terquedad con que el antipapa Pedro de Luna mantuvo su derecho al pontificado con el nombre de Benedicto XIII, durante el cisma de Occidente...». En otras ocasiones, normalmente cuando la expresión tiene valor anecdótico, la definición queda relegada a un segundo plano ante la descripción del caso que la ha originado: «Para ponderar la fealdad de alguien, suele decirse que es más feo que Picio, a quien, de feo que era, le dieron la unción con caña, por lo asustado que estaba el cura. [...] Picio fue un zapatero, natural de Alhendín, y que vivía en Granada en la primera mitad del siglo último. Fue condenado a la última pena; hallándose en capilla recibió la noticia del indulto, y le causó tal impresión, que se quedó a poco sin pelo, cejas, ni pestañas y con la cara tan deforme y llena de tumores, que pasó a ser citado como modelo de fealdad más horrorosa».

De la ingente suma de materiales recopilados por Iribarren nació en 1955 *El porqué de los dichos*. La obra se reeditó casi anualmente, en ocasiones de forma ampliada, lo que da fe de su buena acogida. Las reimpressiones, sin embargo, se detuvieron en 2000, año desde el cual la obra resulta prácticamente inasequible. La presente edición pretende colmar esa laguna y volver a acercar al lector esas

frases y proverbios que seguimos utilizando y por los que seguimos sintiendo curiosidad. Respecto de su primera versión, sin embargo, la obra presenta aquí algunas particularidades.

El porqué surgió de las prensas como un cúmulo de dichos seguidos agrupados en torno a seis secciones. Tres de estas, sin embargo, se alejaban del contenido primero del libro para exponer «expresiones afortunadas y frases históricas», disquisiciones en torno al «origen de algunas palabras», así como ciertas «curiosidades diversas». La edición que presentamos deja de lado esas tres secciones —en todo caso una mínima parte, suplementaria, del conjunto— para concentrarse en el meollo de la obra, esto es, aquel que se corresponde con el título iribarriano. Son sus *dichos* lo que aquí se ofrece y presenta de forma ordenada y actualizada.

A este respecto, se ha organizado el conjunto siguiendo el orden alfabético, de tal modo que por primera vez aparece como un diccionario, de consulta fácil para cualquier lector. Asimismo, para acercar mejor el contenido a su destinatario actual, las notas que aparecían al pie se han incluido en su lugar correspondiente en el texto general y se ha procurado aclarar aquellas observaciones que hoy no resultan correctas. Esto hace referencia fundamentalmente a las entradas que según el autor no recogía el *Diccionario* de la Real Academia y que sí se encuentran en la edición puesta al día. Para evitar posibles confusiones de este tipo pero, a la vez, respetar escrupulosamente el texto original, se han actualizado estos casos ofreciendo la última definición entre paréntesis cuadrados. Al margen de todo ello cabe mencionar, la adecuación lógica del texto a la actual normativa ortográfica.

Finalmente, la presente edición también pretende dar al lector una obra cercana y cuidada. De aquí surge la utilización de una tipografía agradable, una segunda tinta, un símbolo indicando dónde comienzan las ampliaciones de

contenido en cada expresión, una imagen moderna para las letras iniciales y algunas ilustraciones a doble página. Todo ello contribuye a ofrecer al lector una versión moderna de *El porqué de los dichos*, volumen que, a nuestro modo de ver, no solo es un libro de consulta, sino de lectura amena.

No resultaría cortés ni justo cerrar esta nota sin agradecer a Nuria Ochoa la ayuda prestada en la edición y a la familia Iribarren las facilidades concedidas para el tratamiento y recuperación de esta obra, muy especialmente a M.^a Carmen Iribarren y a María Sanz, descendientes de ese autor orgulloso de decirse escritor, «y de haber recogido tantos casos y cosas que», según podemos comprobar hoy de nuevo «valía la pena recoger».



A buen capellán, mejor sacristán

[Se usa para tachar en alguien la falta de cumplimiento en su oficio].

El origen de este refrán se halla en un cuento de Juan de Timoneda publicado en su *Sobremesa y alivio de caminantes* (obra de la segunda mitad del siglo XVI).

► El asunto del cuento es este:

Comiendo en una aldea un capellán un palomino asado, le rogó un caminante que le dejase comer con él y que pagaría su parte. El capellán se negó a esta propuesta, y el caminante comía de su pan a secas.

Cuando el capellán terminó con su palomino, le dijo el caminante:

—Habéis de saber, reverendo, que vos al sabor y yo al olor, entrambos hemos comido del palomino, aunque no queráis.

Respondió el capellán:

—Si eso es así, vuestra parte quiero que paguéis del palomino.

El otro que no y él que sí, pusieron por juez al sacristán, que estaba presente, el cual dijo al capellán que cuánto le había costado el palomino. Dijo que medio real. Mandó que sacase un cuartillo el caminante, y el mismo sacristán lo tomó, y sonándolo encima de la mesa, dijo:

—Reverendo; teneos por pagado del sonido, así como él del olor ha comido.

Dijo entonces el huésped a los dos:

—A buen capellán, mejor sacristán.

¡A buena hora, mangas verdes!

Se dice de todo lo que llega a destiempo, cuando ha pasado la oportunidad y resulta inútil su auxilio.

El origen de esta frase se debe a que en tiempo de los cuadrilleros de la Santa Hermandad, como casi nunca llegaban a tiempo para capturar a los malhechores, los delitos quedaban impunes.

► Los cuadrilleros vestían un uniforme de mangas verdes y colete.

En una relación de la entrada de Felipe II en Toledo, el 26 de noviembre de 1559 (manuscrito que existe en la Biblioteca Nacional), se lee:

«Salió primero la Santa Hermandad vieja desde çibdat... con treinta y dos vallesteros, todos vestidos de verde con sus monteras y sus vallestas y carcaxes y tiros».

Vestidos de verde iban también los 32 ballesteros de la Santa Hermandad cuando entró en Toledo la reina Isabel

de Valois, el 13 de febrero de 1560. (Datos de Rodríguez Marín en su *Edición crítica del Quijote*).

La Santa Hermandad era, como se sabe, un tribunal con especial jurisdicción. Fue instituida en la Edad Media y regularizada en el reinado de los Reyes Católicos (1476). Sus miembros tenían como misión juzgar y castigar los delitos, particularmente los que se cometían fuera de las ciudades y los pueblos por los salteadores de caminos. Por eso tuvo tanto miedo Sancho Panza cuando su señor peleó con el gallardo vizcaíno, pues bien sabía «que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo». Los soldados de la Santa Hermandad eran llamados *cuadrilleros* porque prestaban sus servicios (parecidos a los de nuestra Guardia Civil) en *cuadrillas* o grupos de cuatro hombres. Con el tiempo degeneró tanto esta milicia, que Cervantes puso en boca de don Quijote aquella célebre exclamación: «¿Cuadrilleros? ¡Ladrones en cuadrilla!».

En cuanto al sentido de la frase que comentamos, obedece a la creencia de que los guardadores del orden suelen acudir tarde o a destiempo al lugar donde son necesarios. En nuestra zarzuela se hizo famoso el coro de los guardias valonas de *El barberillo de Lavapiés*:

*Los guardias valonas,
fiel a su canción,
siempre llegan tarde
a la procesión.*

(En el segundo verso debió decirse «fieles» para ser fieles con la gramática).

Igual sentido tiene la frase *Nous arrivons toujours trop tard* (siempre llegamos demasiado tarde), que procede del coro de los carabineros de *Les Brigands* (Los Bandidos), opereta de Offenbach con letra de Meilhac y Halévy. Dicha frase quedó proverbial en Francia para indicar el retraso

con que en todas partes suelen acudir los mantenedores del orden cuando este se altera. Decía la canción:

*Nous sommes les carabiniers
la sécurité des foyers,
mais, par un malheureux hasard,
au secours des particuliers
nous arrivons toujours trop tard.*

Los versos de *El barberillo de Lavapiés* constituyen una servil imitación de los de Meilhac y Halévy, según afirma Vicente Vega en su *Diccionario de frases célebres* (p. 596).



A cada cerdo (o puerco) le llega su San Martín

Es decir, a cada uno le llega el tiempo de pagar o satisfacer sus extravíos o faltas, para que se cumpla el otro proverbio:

*No hay plazo que no se cumpla
ni deuda que no se pague.*

► Es frase alusiva a los cerdos, que después de haber estado viviendo todo el año encenagados y en la holganza, cuidando sus dueños solo de cebarlos, llega la época de la matanza, y se acaba con ellos.

Antiguamente decían: «A cada puerco le viene su San Martín», y así aparece en el *Vocabulario* de Correas.

En el *Quijote* (cap. 62 de la 2.^a parte) dice Cervantes, aludiendo al *Quijote* de Avellaneda: «Ya yo tengo noticias dese libro, dijo Don Quijote; y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su San Martín se le llegará como a cada puerco...».

Correas escribe que el refrán *A cada puerco le viene su San Martín* «castiga a los que piensan que no les ha de venir su día, y llegar al pagadero. Por San Martín se matan los puercos, y de esto se toma la semejanza, y conforma con el otro que dice: “No hay plazo que no llegue”».

El San Martín a que alude el refrán es San Martín de Tours, cuya fiesta es el 11 de noviembre, época en que suele empezar la matanza del cerdo.

¡A carnicera por barba, y caiga el que caiga!

Expresión con la que se moteja a los que solo tratan de satisfacer su gusto, pase lo que pase, y a los glotones que

no tienen la voluntad suficiente para refrenar su apetito.

■ Tuvo su origen en una historieta de frailes, que en cada región la suponen ocurrida en determinado convento. El brigadier Romualdo Nogués («Un soldado viejo natural de Borja») la atribuye al convento de Veruela. Dice así en su libro *Cuentos, dichos, anécdotas y modismos aragoneses* (Madrid, 1881): «Cuéntase que la ración de carne que se daba diariamente a los monjes de Veruela era de tres libras (carniceras), y que al tratar el abad de disminuirla para evitar tantas apoplejías como estaban ocurriendo en la comunidad, se opuso esta a tan acertada disposición, prorrumpiendo unánime en la exclamación que ha pasado a proverbio».

La libra carnícera es, según el *Diccionario*, «la de treinta y seis onzas que, para pesar carne y pescado, se usaba en varias provincias». O como expresan las primeras ediciones del *Diccionario* de la Academia, «la que consta de treinta y seis onzas, y en algunas partes de solas veinticuatro, según las onzas de la libra común, porque la carnícera pesa el doble de la ordinaria».

También se dice ¡A perdiz por barba, y caiga el que caiga!

A cencerros tapados

Irse a cencerros tapados significa irse secretamente y a escondidas. Y *hacer una cosa a cencerros tapados*, llevarla a cabo reservada, oculta o sigilosamente, procurando que nadie se entere.

■ Es metáfora tomada de los cencerros del ganado y bestias, que los tapan —con hierba generalmente— para que no hagan ruido. (Cejador, *Tesoro. Silbantes*, parte 1.^a;

Madrid, 1912, p. 167).

Bastús, en *La sabiduría de las naciones* (2.^a serie, p. 65), dice que esta locución «está tomada de los arrieros que, queriendo salir del mesón o del pueblo de noche o muy de mañana sin ser oídos, o teniendo que atravesar algún paso peligroso, y deseando no llamar la atención de la gente sospechosa, tapan los cencerros de sus caballerías, llenándolos de paja, hierba, o atando el badajo, para que no suenen, y salir de aquel compromiso sin ser percibidos. «*Irse a cencerros tapados* equivale a marcharse sin despedirse, sin avisar, *hospite insalutato*, como se decía en latín».

Seijas Patiño, en su *Comentario al «Cuento de cuentos» de Quevedo*, escribe que *a cencerros tapados* significa «oculta y secretamente, porque nada más bullicioso ni atornador que los cencerros, y hay necesidad de taparlos en las recuas cuando conviene no ser sentidos o hay temor en el espanto de los animales».

En la revista *El Averiguador* (Madrid, 1873, p. 63) se explica este modismo, «porque los pastores apagan con un tapón de hierba los cencerros de sus reses cuando las llevan a robar pasto».

A diestro y siniestro

Según el *Diccionario*, equivale a «sin tino, sin discreción ni miramiento».

► Julio Cejador, en su *Fraseología, o estilística castellana* (tomo II, Madrid, 1923), al hablar del modismo: *Llevarlo todo a diestro y siniestro*, dice que «significa lo que uno atropella y destroza a todas manos con un garrote, espada o arma».

Cejador aduce los siguientes textos antiguos: «Ciñen por la mañana la espada para cortar a diestro y siniestro por todo el día». «A diestro y siniestro has cortado, procediendo sin amor, sin temor». «Garrotazo de ciego, que sin saber lo que hace, da a diestro y siniestro».

A Dios rogando, y con el mazo dando

[Refrán que hace referencia a quienes predicán una cosa y hacen la contraria].

■ El sevillano Juan de Mal Lara, en su *Philosophia vulgar* (1568), explica el significado y el origen de este refrán en la forma siguiente:

«Obliga la razón (a que) cuando hubiéremos de hacer algo, pongamos luego delante la memoria del Señor, a quien debemos de pedir, y tras de esto la diligencia, no esperando milagros nuevos, ni quedándonos en una pereza inútil, con esperar la mano de Dios sin poner algo de nuestra parte, pensemos que se nos ha de venir hecho todo.

»Dice la segunda parte del refrán: *Con el mazo dando*. Dicen que un carretero llevaba un carro cargado y que se le quebró en el camino por donde venía San Bernardo, a quien se llegó, por la fama de la santa vida que hacía, y rogóle que Dios por su intercesión le sanase el carro. El santo dicen que le dijo: “Yo lo rogaré a Dios, amigo, y tú entre tanto da con el mazo”.

»Otros dicen —añade Mal Lara— que fue el dicho de un entallador (escultor), que había de hacer ciertos bultos (estatuas), y con (decir) “Dios quiera que se hagan”, no ponía la mano en ellos, hasta que le dijo su padre: “A Dios rogando y con el mazo dando”. Donde bien será que en princi-

pio de toda obra os encomendéis a Dios, pero no encomendar la obra a Dios, (para) que él por milagro la haga».

A donde fueres, haz como vieres

Refrán muy usual que aconseja adaptarse cada cual al modo de ser y a las costumbres del país donde se halle.

► Debe de provenir del refrán antiguo *Cuando a Roma fueres, haz como vieres*, el cual, a su vez, es una traducción en forma proverbial del verso vulgar latino

*Cum Romae fueris
Romano vivito more.*

Esto último lo afirma Bastús en su *Memorándum anual y perpetuo*, tomo 2.º, p. 1.028.

A enemigo que huye, puente de plata

Máxima militar que se atribuye al Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba.

► Melchor de Santa Cruz, en su *Floresta española de apotegmas*, obra de 1574 (2.ª parte, cap. 3.º), escribe: «El Gran Capitán decía que los capitanes o soldados, cuando no había guerra, eran como chimeneas en verano». Y añade, líneas después: «El mismo decía: al enemigo que huye, hacedle la puente de plata».